

EL SUR

Por Juan GOYTISOLO

Dibujos de Enrique CLIMENT

A Maurice E. Coindreau

CUANDO LLEGARON, la temporada declinaba. El sol ya no pegaba fuerte como en julio, por la mañana soplaba un ventolín fresco que anticipaba las brisas de otoño y los días comenzaban a acortarse. Bajaron del autobús cargados de maletas, bolsos, cestos de mimbre y un misterioso objeto envuelto en funda de lona que el revisor depositó con visible esfuerzo en la acera. Los mozos y chiquillos que andaban por el Paseo a aquella hora lo habían observado llenos de curiosidad. El bulto tenía aproximadamente un metro de altura y, en la parte superior, la lona formaba una especie de cresta. Al volver del Hotel, después de transportarlo, el marido de la Damiana dijo que era una máquina de coser.

—¿Una máquina de coser? ¿Para qué?

En el pueblo nos lo preguntábamos todos. Habíamos visto hasta entonces extranjeros con máquinas fotográficas, radios de pila, cámaras de cine e, incluso, cinta magnetofónica, pero ¿a quién diablos iba a ocurrírsele pasar las vacaciones con una máquina de coser? Por otra parte, el hecho de que hubieran llegado en el autobús y no por sus propios medios, como los demás clientes del Hotel, intrigaba. Los turistas que venían en el coche de línea solían parar en la fonda. Ninguno —que yo recordase— había ido a vivir al Hotel. Mientras me servía la comida, madre quiso saber qué facha tenían, en qué idioma hablaban...

—No lo sé —repuse.

Y, lo malo, era que tampoco había manera de saberlo. El personal del Hotel estaba demasiado orgulloso de los botones dorados de su uniforme para dignarse a dirigirnos la palabra. Testigo de la existencia feliz de los ricos, no quería compartir su secreto con nadie.

—¿Cómo son? —suspiró mi madre— ¿Jóvenes? ¿Viejos?

Explicué que la mujer aparentaba treinta años y el hombre veintitantos. Los dos eran altos y de ojos azules, vestían pantalones tejanos y camisa de seda y calzaban alpargatas de pescador. Pero madre no se dio por satisfecha y me interrogaba sobre el equipaje: ¿De qué forma eran las maletas? ¿Cuántas había? Alguien le había dicho que dieron buena propina al marido de la Damiana y sus ojillos redondos, de iris acuoso, brillaban de excitación.

—Deben ser gente fina, estoy segura. Si te hicieses amigo suyo y viniesen a casa...

Madre era así. Desde su viudez se pasaba el día entero imaginando acontecimientos que cambiarían brusca y favorablemente nuestra suerte. La clientela del Hotel le obsesionaba, y cada vez que venía un nuevo huésped proyectaba invitarle a comer y alquilarle su habitación, a un precio fantástico.

—En el Hotel cobran trescientas pesetas de pensión. Tal vez cuatrocientas. Yo se lo haría por doscientas cincuenta y comerían carne toda la semana. Y torrijas. Y arroz con leche y canela, como te gusta a ti... Deberías decírselo, hijo. Si buscan un sitio tranquilo, les resultaría más barato.

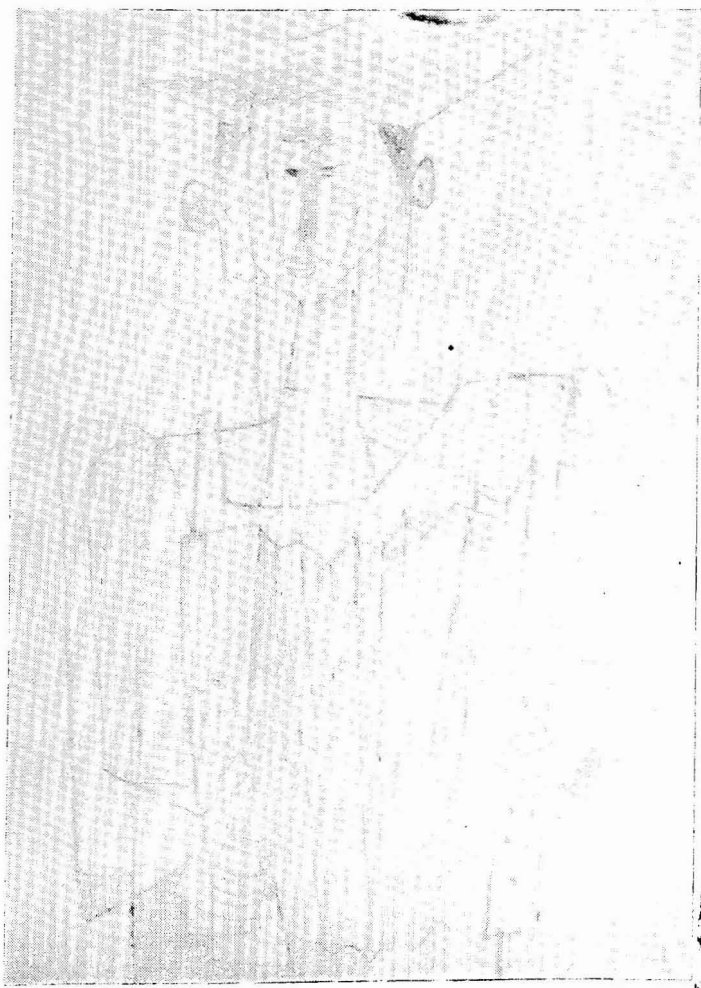
Estaba acostumbrado ya a sus ensoñaciones y la oía como quien oye llover. Mi madre no se preocupaba nunca de convertir sus proyectos en realidades. Le bastaba sentirse rica por espacio de unas horas, forzar el círculo de los privilegiados clientes del Hotel. Su vida se alimentaba de revistas de cine y seriales radiofónicos y había llegado a abstraerse de cuanto ocurría a su alrededor.

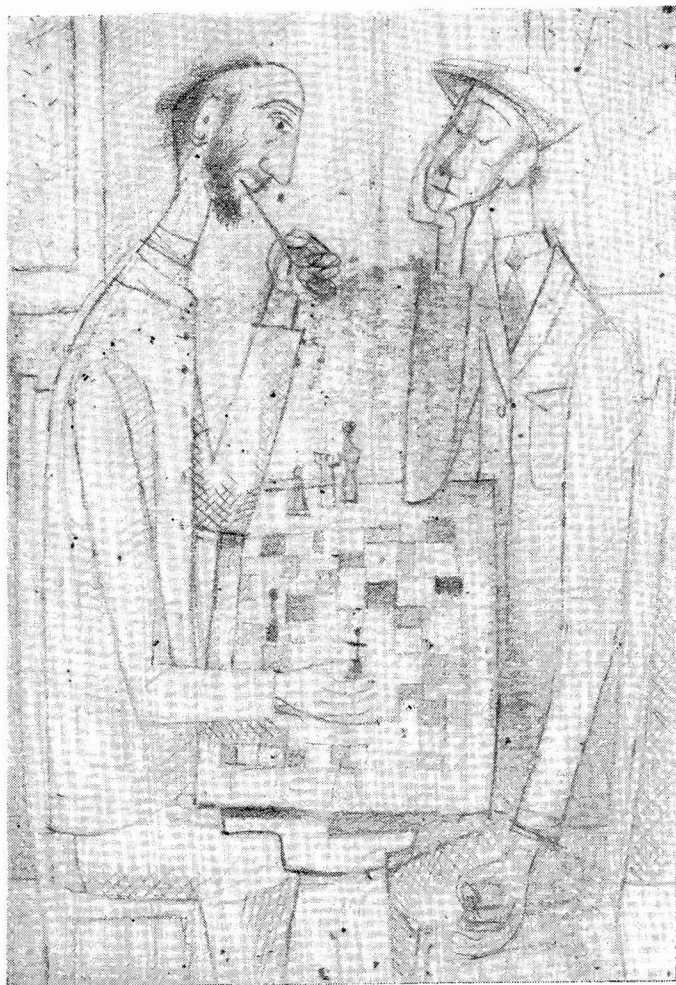
Yo, aquel verano, sólo pensaba en Ramón. Por la mañana, mientras él alquilaba el bote a los turistas y se divertía enseñando a nadar a las extranjeras, me llevaba los libros de estudio a la playa y fingía repasar las asignaturas bajo los parasoles del Hotel. Madre me había matriculado en un colegio de religiosos de Granada y, por consejo de los Padres, debía repasar los manuales de sexto curso para estar a la altura de los otros. Durante horas y horas espía-ba el movimiento de los bañistas. De vez en cuando, me zambullía en el agua y buceaba unos minutos lo mismo que un pez. El tiempo transcurría insensiblemente. La fachada circular del Hotel brillaba como el puente de mando de un gran trasatlántico, el mar embestía contra las rocas del promontorio y la calina emborronaba el pueblo, a lo lejos. Cuando me daba cuenta, era la hora de comer.

Tarde y noche —en cambio— disponía del tiempo libremente. Ramón me esperaba junto al bote o bebiendo un trago en el chamizo y le ayudaba a remallar las redes del cepo o cebar los anzuelos del palangre. La playa del otro lado del cabo me ha gustado siempre más que la del pueblo: su horizonte es más amplio, la arena más gruesa, y los chiringuitos de cañizo y las barcas le dan mayor vida y actividad. Desde allí, las colinas se entrelazan hasta perderse de vista, el cielo parece un inmenso lago azul y los chirimoyos y las cañas forman un espeso telón tras el camino, partido en dos por la chimenea de la azucarera.

Al atardecer, cuando los últimos bañistas volvían al Hotel, Ramón aparejaba la barca y aproaba hacia los farallones. Era un remero excelente y, a cada bogada, la playa se reducía como en escorzo. A mí me agradaba verle mientras hundía la pala en el agua, con los músculos tensos por el esfuerzo. Pensaba que, cuando fuese mayor, me gustaría tener un cuerpo como el de él. Ramón había vivido en la mar desde niño y conocía la costa palmo a palmo. Llegado al caladero, sacaba los cordeles del talamante y me pasaba los remos a mí. Era el momento de largar el palambre, ciando lentamente para que el cordel no se enredara. Cuando las piedras tocaban al fondo y los corchos reaparecían en la superficie, Ramón bogaba hacia la caleta y, aguardando la hora de cobrar, aliñábamos el tiempo charlando entre cigarrillo y cigarrillo.

Los días en que el mar estaba arbolado y no podíamos salir de roqueo, Ramón cogía el rastrillo e íbamos a marisquear por la playa. A veces, mi madre preguntaba por qué volvía a casa tan tarde, qué hacía durante todo aquel tiempo. No había medio de meterle en la cabeza que en el mar uno no tiene un minuto para aburrirse. Siempre hay que coser una red, achicar el agua de un bote, sirgar una jábega. Se lo había dicho cuarenta veces, con la esperanza de convencerla, pero mis explicaciones eran siempre inútiles. Madre se cerraba a cal y canto y, como de costumbre, rompía a hablar de los clientes del Hotel: ¿por qué no ligaba amistad con ellos, en lugar de alternar con los pescadores? Quizá había algunos descontentos de la cocina y aceptarían mi





proposición encantados. Nuestra suerte podría cambiar. Al fin, cansado de soportar sus fantasías, escampaba e iba a buscar a Ramón al café.

Los hombres se reúnen allí después de la cena, a beber un vaso de tinto y jugar al rentoy. Otros, pegan la hebra en los bancos del Paseo o duermen la "mona" encima de la baranda. En el pueblo hay muchos borrachos y, por las callejas que suben al cerro, se les oye vocear y cantar hasta las tantas de la noche. Yo me sentaba en la mesa de los jugadores y escuchaba su conversación. Hablaban de pesca, del estado del mar, de la próxima cosecha de caña. A menudo, comentaban el físico de las bañistas y bromeaban con Ramón.

—Si necesitas ayuda, le decían, acuérdate de nosotros. Siempre estamos al quite.

A principios del verano una alemana larguirucha estuvo a punto de ahogarse entre las rocas y Ramón la rescató del fondo sin sentido y le hizo la respiración artificial. Agradecida, la mujer le regaló un reloj. Desde entonces, sus amigos pretendían que había abusado de ella y le colgaban la etiqueta de donjuán.

—Pues no te aprovechaste poco ese día —suspiraba el marido de la Damiana.

—¿Aprovecharse, de aquel palo? —cortaba uno que le decían Heredia—. Si no hay ná que aprovechar. Escurría como un pez, sin ná en la delantera... Se la come uno en viernes, y ni siquiera es pecao.

El único que callaba era Ramón. En el fondo el parloteo de los otros le aburría y prefería charlar a solas conmigo, cuando íbamos a pescar. Me había confiado en una ocasión que tenía una amiga en Motril y, pese a su acento desenvuelto al decirlo, estaba seguro de que acabarían por casarse.

—¿Cómo es, tu amiga?, le preguntaba los días en que se iba en bicicleta del pueblo, algo celoso de sus escapadas — y Ramón sonreía enseñando los dientes y me revolvió el pelo con la mano.

Aquella noche, apenas comenzado el rentoy, Heredia señaló hacia el Paseo y dijo:

—Fijaos quién viene.

Todos nos volvimos a mirar. Los extranjeros que habían llegado por la mañana en el coche de línea caminaban enlazados bajo las palmeras, la cabeza de ella contra el hombro de él. Por espacio de unos instantes se habían parado a contemplar la luna que emergía sobre el promontorio como un globo redondo e iluminado; después, cortando en ángulo recto se dirigieron al café.

—¿Al café? —exclamó mi madre al enterarse, con las mejillas rojas de excitación— ¿Por qué, al café?

Ninguno lo sabía. Generalmente después de cenar, los clientes del Hotel van a bailar a los jardines de la piscina y no se aventuran a mezclarse con nosotros. Pero no era esto, a fin de cuentas, lo que nos había sorprendido, sino su modo de comportarse. Al entrar la mujer había reconocido al marido de la Damiana y le sonrió. El hombre pidió dos vasos de coñac. "Que sean grandes", dijo. Aprovechando la cercanía les observé con detenimiento. La mujer era rubia, de rasgos regulares y cierto desgarro en la mirada que la hacía más atractiva. El hombre era pelirrojo y pálido, y daba la impresión de que toda la sangre se le hubiese refugiado en los cabellos. Mientras duró la partida permanecieron callados, con las manos unidas sobre la mesa. Al acabar el vaso de coñac, pidieron otro. Aunque lentamente, los dos hablaban en español. Los pescadores miraban los hombros desnudos de la mujer y su insistencia no parecía molestarles. De vez en cuando el hombre sonreía. Luego pagaron al chico y se perdieron por el Paseo. Madre dijo que, seguramente, se aburrían en el Hotel.

Al día siguiente hizo mucho calor. Por la mañana fui a la playa temprano y los encontré tendidos frente a los toldos, con el cuerpo untado de crema. El hombre llevaba un calzón estampado de flores y la mujer un traje de baño de dos piezas que dejaba al descubierto su estómago. Acodados en la baranda del Paseo, un grupo de pescadores la miraban.

El calor no me permitía fijar la atención. Varias veces intenté abrir el libro de matemáticas y otras tantas tuve que cerrarlo, incapaz de soportar el esfuerzo. La calina empañaba la nitidez del paisaje y, amodorrado, contemplaba los tumbos del mar sobre la arena. Pasaron dos jábegas, de regreso del copo. El horizonte era una borrosa línea azul. La mujer nadaba enérgicamente hacia las rocas y, al llegar a uno de los cabezos saludó en dirección a la playa. El hombre le contestó de igual manera. Estaba sentado sobre una toalla de colores, cortando las páginas de un libro, y se puso de pie.

—¿Hay medusas? —dijo.

Le contesté que no, que no había. El hombre, entonces, me mostró unas cicatrices que le marcaban el empeine del pie. Tres rayas delgadas, oscuras, paralelas.

—¿Se lo hicieron aquí?

—No aquí. En Italia.

Continué hacia la orilla y se remojó el pelo con la mano. La mujer seguía buceando desde el cabezo. Le invitaba a venir junto a ella, pero el hombre dijo que no. Los mirones se habían dispersado poco a poco en busca de otras turistas y me zambullí en el mar. El dueño del chamizo me había prestado su equipo de pesca submarina y fui buceando hasta el cabo. Cuando volví, la pareja había desaparecido.

Los mejores momentos del verano los pasaba con Ramón, cuando sus amigos le reclamaban y se embarcaba en algún boliche. La pesca al copo es mucho más emocionante que al arrastre. Yo me quedaba en la playa guardando el chicote, mientras él largaba la red desde la barca y daba la vuelta para dejar el otro cabo en la orilla. El arte se cobra desde tierra y, a medida que se hala, aparecen los ramales, el tamaño de las redes se achica y los peces enmallados en el copo se agitan y dan brincos. La gente de los merenderos se acercaba a mirar, y yo me sentía a gusto en medio de los hombres que tiraban, con el cuerpo tostado por el sol y el rostro encendido por el esfuerzo. En el copo había jureles, lisas, bogas, caballas, sardinas. Las mujeres vaciaban el pescado en las cajas y yo ayudaba a los hombres a sirgar el boliche.

Cuando, la misma tarde, vi a los extranjeros mezclados en el corro de curiosos, su presencia me halagó. Hinché el pecho, tensé los músculos del brazo y adopté postura de atleta. La mujer llevaba aún el traje de baño y seguía nuestros movimientos con interés. El hombre vestía pantalón corto y camisa de colores. Mientras halábamos, habían cambiado unas palabras con el dueño del chamizo. Querían saber por qué se cobraba la red desde tierra y apuntaban vagamente hacia el mar. Luego se sentaron entre las barcas y, al acabar nosotros la faena, el hombre encendió un cigarrillo y alquiló el bote a Ramón.

El sol desperfilaba la cresta de la montaña y embebía el paisaje de una luz mustia y amarillenta. Las colinas de almendros eran ahora grises y, de trecho en trecho, explosiones de tierra roja las sapicaban de manchas de color. Ramón me había guiñado un ojo al coger los remos y aguardé su regreso con ansiedad. Me entretenía mirando el cemento, la chimenea blanca de la azucarera, el espeso follaje

de los chirimoyos. Imaginaba el invierno en Granada, lejos del mar y de mis amigos, y sentía una vivísima desazón.

Al ponerse el sol, las colinas se acartonaron, el mar perdió su tonalidad azul y una banda de aves cruzó el cielo de la bahía y fue a posarse más allá del camino, entre las cañas. El bote volvió poco después y Ramón ayudó a saltar a la pareja. El hombre se detuvo un momento a charlar con nosotros. La mujer temblaba de frío y corrió a vestirse al Hotel.

—¿De dónde son? —pregunté cuando se largaron.

—Suecos. El marido escribe en un periódico.

Sus compañeros escuchaban también y al quedarnos solos, Ramón me contó que se habían insultado en su idioma durante toda la ida y, en la caleta, el marido se fue a trepar por los riscos y los dejó a los dos en la playa.

—¿Y ella? ¿Qué hizo?

—Nada —contestó riendo—. Hablar un poco conmigo y bañarse.

Aquella noche, en el café, hubo una discusión. El dueño del chamizo sostenía que en el extranjero los hombres no sabían meter en cintura a sus mujeres, y luego, pasaba lo que pasaba. “Una mujer que enseña el vientre a todos los hombres es una prostituta” dijo. El farmacéutico le repuso que en España no había libertad de costumbres y se vivía como en tiempo de los moros. “En los demás países,” explicó, las mujeres se bañan desnudas y nunca ocurre nada.”

—“Porque todos los hombres son maricas, repuso el del chamizo. Lo que es mi mujer no enseña su cuerpo a nadie.”

Los asistentes terciaron para decir que los andaluces eran de distinta pasta que los otros y si las mujeres se bañaran por allí medio desnudas la gente se liaría a cuchilladas.

—Las mujeres a la casa, con los hijos —concluyó uno.

—¿No os lo decía? —ironizó el farmacéutico—. Lo mismo que los moros.

El domingo, a la salida de misa, madre me llevó a dar una vuelta por el Paseo y, como de costumbre, señaló con el dedo al Hotel. Dijo que Soraya iba a venir a España —se había enterado la víspera oyendo la radio— y comenzó a maldecir su mala suerte y a lamentarse de mi falta de ayuda. “En lugares así no se puede descansar. Una mujer atareada como ella lo que necesita es reposo. En casa, por mitad de precio, estaría mucho mejor. Seguramente la cobran una fortuna y tiene que dejar la mitad de la comida en el plato...”

Estaba tan ocupada por su discurso que ni siquiera se dio cuenta de que los suecos bajaban por la escalera y me saludaban con la mano. Lo verifiqué segundos más tarde, como si despertara de un sueño y me miró llena de confusión.

—¿Los conoces? —dijo.

Le expliqué quiénes eran y aproveché de su sorpresa para esquivarme. Los domingos, la playa es completamente distinta de los otros días. Los pescadores no salen a la mar y en los merenderos hay infinidad de burgueses que vienen en autocar de Granada y matan el tiempo pescando a la línea y desperezándose al sol lo mismo que lagartos. Ramón se había ido en bicicleta a Motril y vagué de un sitio a otro, sin saber qué hacer. Frente al Hotel, estuve mirando los coches aparcados en la explanada. La mayor parte eran franceses de Marruecos, y había también algunos alemanes y un Rolls matriculado en Gibraltar. Un gitano con un



burro ofrecía su botijo a los sedientos y pagué veinte céntimos por el trago. Después continué por el Paseo y, al descubrir a la pareja, volví sobre mis pasos y bajé a tumbarme a la playa.

—Mucho sol —dijo el hombre con una sonrisa.

—Sí.

—En mi país no hace calor. Nubes y frío.

La mujer me preguntó por Ramón. Le dije que estaba fuera.

—¿Tú también eres pescador?

—No. Estudiante.

—¿Qué estudias?

Se lo expliqué lo mejor que pude. Los mirones de turno no apartaban los ojos de ella y me sentía orgulloso de mi audacia.

—Me faltan dos años para acabar.

—¿Qué harás luego?

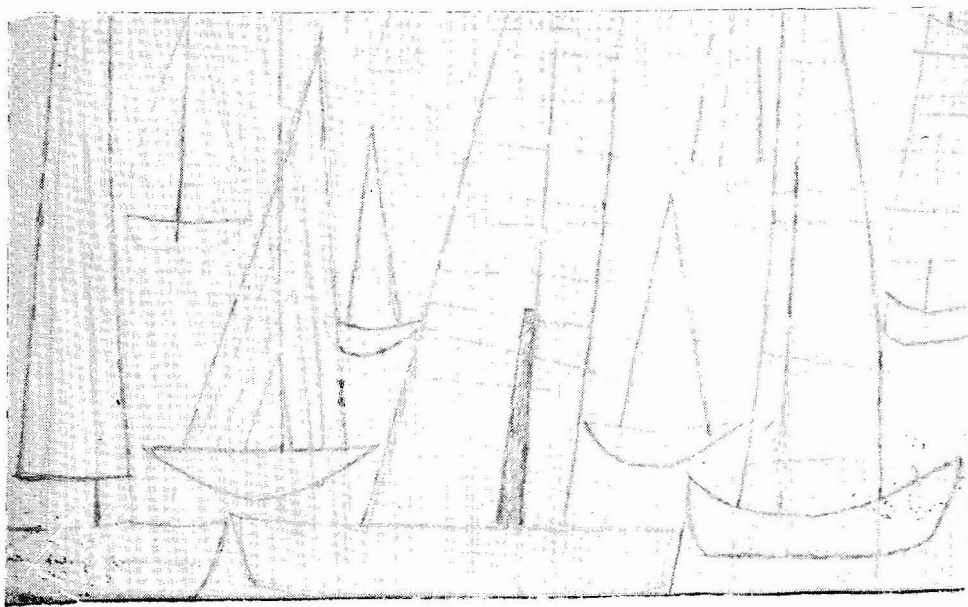
—Todavía no lo sé.

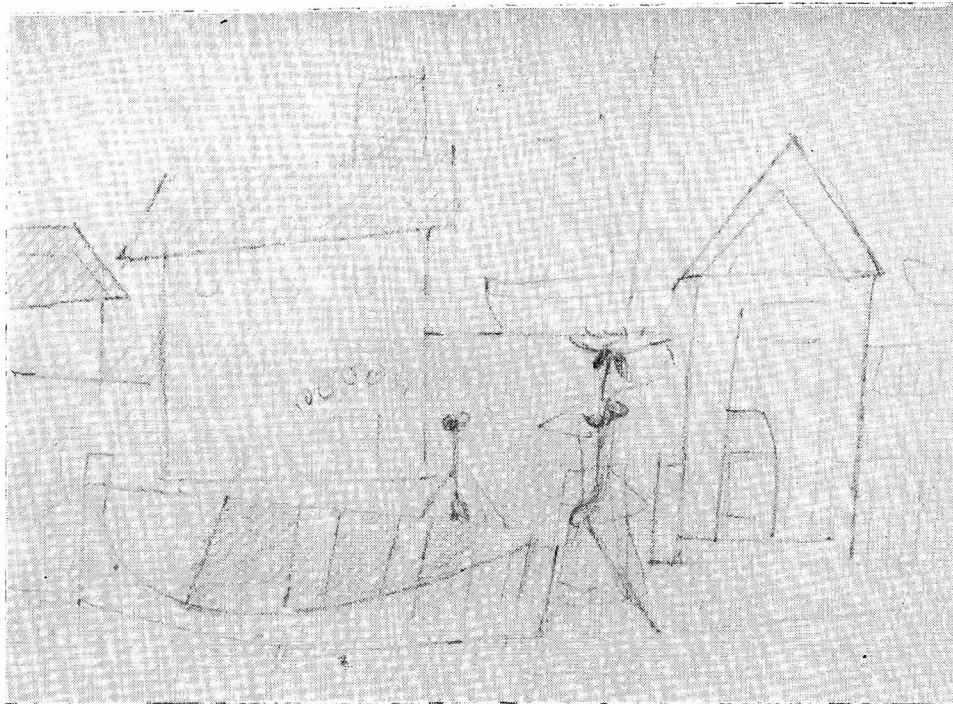
La mujer sacó un tubo de crema del bolso y se frotó concienzudamente los muslos.

—Mi padre vino a España cuando la guerra.

—¿Soldado?

—Amaba mucho España. Era médico.





Yo dije que no me gustaba la medicina y ella sujetó, riendo, la cinta del sostén y se fue a bañar.

A partir de septiembre, el sol se acuesta tras las colinas, las chirimoyas maduran en el campo y cede el calor. Es el mejor momento del verano. El cielo se tiñe de rojo al atardecer, la luna brilla de noche como un reflector de circo y el mar es transparente y fresco y sabe a corteza de melón.

Las casas de los veraneantes empezaban a cerrar y, en la explanada del Hotel, la hilera de coches se reducía. Mi madre iba a contarlos cada mañana y volvía exultante de gozo: "Seis. Se han marchado seis. A este paso se vaciará en una semana". Diariamente me preguntaba por los suecos y se lamentaba de mi falta de ayuda.

Yo continuaba saliendo con Ramón. La pareja venía ahora a nuestra playa y embarcábamos los cuatro en el bote. Después de largar el palangre Ramón bogaba hacia la caleta y, hasta la caída de la tarde, nos bañábamos entre los farallones y tomábamos el sol. El marido nos interrogaba a menudo sobre la pesca. Quería saber cuánto ganaban los hombres y si el oficio daba para vivir. La mujer desataba la cinta del sostén por la espalda y leía acostada boca abajo. Tenía un cuerpo fino, muy moreno y la grupa redonda y bien hecha. De tiempo en tiempo se sentaba, aguantando el sostén con las rodillas, y fumaba sin ocuparse de nosotros.

Un día fuimos a buscar erizos por las rocas. Ramón buceaba con la escafandra y, a medida que los arrancaba con el cuchillo me los pasaba a mí. Cuando llenamos el cesto regresamos a la caleta y los comimos con un poco de limón. El marido había comprado una garrafa de vino en el pueblo: un tinto espeso, cargado de años, que dejaba un gustillo amargo en la boca. Al terminar, todos nos sentíamos algo alegres. La mujer propuso a Ramón un paseo a nado hasta la punta y Ramón consultó con la vista al marido antes de aceptar. El marido dijo que era una excelente idea y los dos corrieron hacia la orilla y se echaron al agua.

La playa humeaba de calor. El mar estaba perfectamente inmóvil y en el cielo no había una nube. El hombre se tendió junto a la barca y me pasó su paquete de Chester. Preguntó si, en el pueblo, la gente se interesaba por la política. Dije que no y permanecimos largo rato en silencio, embrutecidos por el sueño y el vino.

Cuando volvieron, Ramón me pareció cambiado. Sus ojos brillaban de modo curioso y miraba con insistencia a la mujer. Ella explicó que había tomado un baño magnífico, uno de los mejores de su vida. Luego, añadió unas palabras en sueco.

El marido contemplaba a Ramón con las cejas enarcadas. También él había advertido el cambio y sonreía divertido.

—¿Y usted? ¿Lo pasó bien?

—Muy bien.

—Estupendo. Amor, sol y vino... el chico y yo dormimos un rato.

La misma noche pregunté a Ramón qué había hecho con la mujer y, en lugar de guiñar un ojo como el primer día, dijo secamente: "Nada". Estábamos sentados en el café

y tenía una expresión corrida y tensa, como un niño que vuelve a casa de puntillas después de una aventura inconfesable. A intervalos amusgaba la vista y escudriñaba las sombras del Paseo. Al fin, cuando resultó evidente que ya no venían, pareció relajarse un poco y se fue a jugar al rentoy con sus amigos.

Durante una temporada los suecos se esfumaron. Ramón los esperaba en vano todo el día al lado del bote y, a última hora, me llevaba a pescar a la caleta. Aunque no habíamos vuelto a hablar sabía que pensaba en ella. En el café jugaba distraídamente al rentoy y sus ojos relucían como los de un felino cada vez que alguien entraba.

Una noche, el marido de la Damiana dijo que —según el personal del Hotel— se pasaban el tiempo discutiendo y luego se encerraban en la habitación y bebían los dos hasta emborracharse.

—Para mí que no andan bien de la azotea —añadió—. ¿Desde cuándo un hombre se entretiene bordando pañuelos?

—¿Bordando pañuelos?

—Lo que os digo. La máquina de coser es de él. Quizá que, en su país, los tíos, en vez de pantalones, llevan faldas.

Yo estaba la mar de contento —a solas otra vez con Ramón— y pensaba que nos habían olvidado. Mis vacaciones concluían al cabo de tres semanas y quería aprovechar el poco tiempo que me quedaba de la mejor manera posible. Había renunciado a estudiar. Las lamentaciones de mi madre me aburrían e iba a la playa, a ayudar a halar a los pescadores. Pronto cerrarían el Hotel. Los últimos clientes tomaban el sol en la terraza y me decía que, tarde o temprano, los suecos terminarían por irse.

El día de la Virgen de Septiembre, cuando nadie los esperaba, aparecieron en el café. Me di cuenta, por el brusco temblor de Ramón, y me volví y los saludé con la mano. La mujer llevaba una blusa escotada que resaltaba la morenez de su piel. El hombre estaba pálido como de costumbre y su pelo era tan rojo que daba la impresión de ser de estopa.

Les trajeron dos vasos de coñac con un poco de hielo. La mujer parecía nerviosa y apuró el suyo casi de un trago. El del bar vino en seguida con un segundo. Durante un rato fumaron sin cruzar una palabra. La mujer partía los mondadientes por la mitad y los echaba al suelo. Después empezó a hablar con voz monocorde como si recitara un disco. El marido la escuchaba sin emoción aparente. También él había vaciado el vaso y pidió otro. La mujer había acabado los palillos y hablaba cada vez más alto, con una entonación aguda y vibrante. En una o dos ocasiones se interrumpió, aguardando quizá una respuesta, pero el hombre no dijo nada. Sus ojos miraban obstinadamente un punto fijo entre las sombras del Paseo. Entonces, la mujer le agarró por el cuello de la camisa y le espetó una palabra de dos sílabas, cinco, diez, quince veces, igual que si remachara un clavo. Tenía las manos rígidas y los labios le temblaban. Por un instante pensé que iba a abofetearle pero, cambió de idea y se hundió en la noche con la misma rapidez con que había venido.

Poco a poco, los pescadores volvieron a jugar al rentoy. En el café nunca se había visto nada parecido y, más que

la mujer, el comportamiento del hombre escandalizaba: ¿Por qué se dejaba insultar públicamente? ¿Acaso no tenía sangre en las venas? En mi tierra, por mucho menos que aquello, los hombres sacan la navaja del bolsillo y lavan la ofensa a cuchilladas. Todo el mundo recuerda algún castigo ejemplar: esposas a las que se ha rapado el pelo, mutilado una oreja, cortado la nariz. "En Motril, cuando era chico..." o "Una vez, en Salobreña..." El sueco, en cambio, continuaba tan tranquilo y sonreía como si nada hubiera pasado. Mis amigos lo miraban con desprecio y yo tenía ganas de gritarle que se fuese de allí y saliese a buscar a la mujer y la escarmentara.

No lo hizo y, al día siguiente se presentó en la playa con ella. Los viejos que remallaban las redes interrumpieron el tajo y los contemplaron mientras se abocaban con nosotros. El hombre vestía pantalón corto y camisa estampada; ella iba en traje de baño y llevaba un gorro de goma azul en la cabeza. Se detuvieron frente al bote de Ramón.

—¿Está libre?

Ramón asintió con un gesto y embarcamos sin decir palabra. Los merenderos estaban vacíos y un sol de otoño orillaba la cicatriz desnuda de los barrancos, las colinas borrosas y quietas. Entre los almendros, la tierra roja simulaba rubores de arrebol. Ramón bogaba con fuerza, contento de desfogar su energía en algo. A cada golpe que daba con la pala, sus músculos se endurecían y la nuez le subía como un émbolo. Durante todo el camino el hombre lo estuvo observando con curiosidad. La mujer se había sentado sobre la quilla y no apartaba los ojos del agua.

Al llegar al regolfo varamos la barca en la orilla. Una banda de gaviotas volaba como un torbellino de plumas y se alejó hacia el faro, trazando espirales. El mar parecía más azul que nunca y, a través de él, podía verse la arena ondeada del fondo, las piedras ornadas de erizos y anémonas. La mujer invitó a Ramón a bracear hasta las rocas. Sin mirar siquiera al marido, Ramón aceptó. Yo no sabía dónde meterme y las mejillas me quemaban de vergüenza. Para continuar su idilio del primer día, ¿no podían elegir otro lugar? El marido estaba acostumbrado, sin duda, pero ¿por qué ponerle el gorro en sus mismísimas barbas?

El hombre daba lástima con su sonrisa y me fui a escalar los riscales. A medida que subía, el horizonte azul se ensanchaba y, sin poderlo evitar, pensé en mi invierno en Granada y me sentí triste. Adiós tertulias de café, paseos en barca; adiós pesca, baños, playa, excursiones, amigos. Lejos del mar, todas las estaciones son iguales. Lo mismo da

que brille el sol, como que llueva, o haya nubes. El tiempo pára de contar. Uno vive como dormido.

Cuando bajé, el hombre tomaba el sol de bruces. Durante mi ausencia se había quitado la camisa y se servía de ella a guisa de cabezal. Su cuerpo no era nudoso y duro, como el de Ramón, sino escurrido y frágil y sus omoplatos sobresalían como dos palas de chumbera. Sonriendo, me preguntó a dónde había ido y se lo expliqué. Luego, me pasó su cajetilla de tabaco y quiso saber si tenía novia. Hice un gesto negativo con la cabeza.

—¿Y tu amigo? ¿Tiene alguna?

—No lo sé.

Ni la mujer ni Ramón daban señales de volver y hablabamos de ellos como si no se hubieran movido de nuestro lado. El hombre aseguró que encontraba a Ramón muy simpático y estuve a punto de contestarle: "¿Lo dice porque se entiende con su mujer?", pero su misma inconciencia y la expresión desamparada de sus ojos me desarmaron:

—Simpático lo es, pero no con todos.

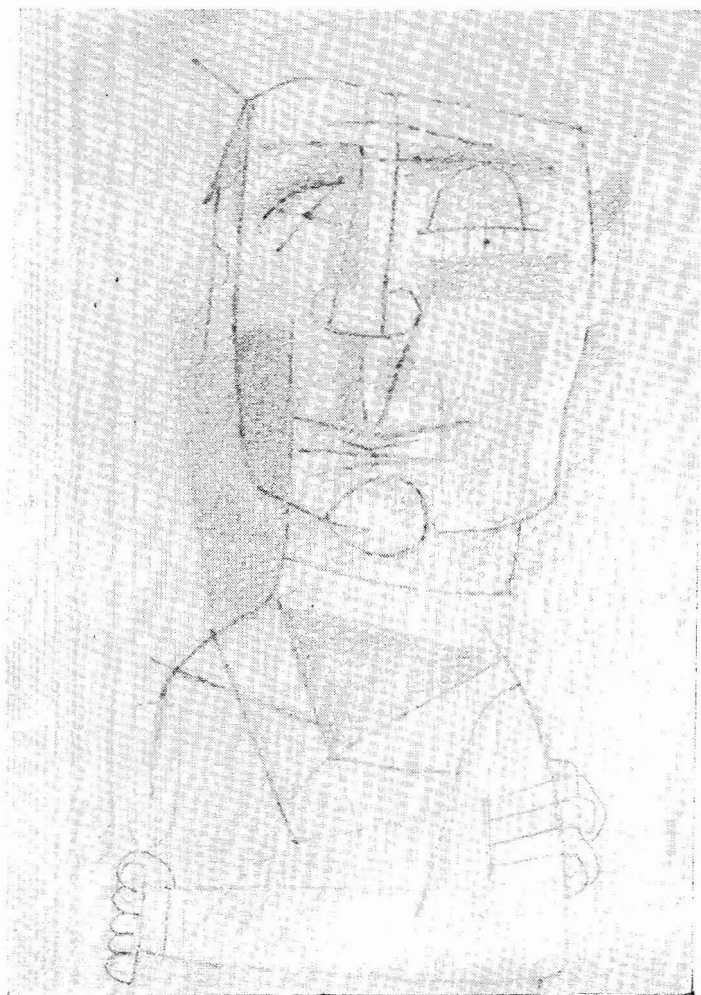
El sueco dejaba escurrir la arena entre los dedos y me miró con perplejidad.

—En la vida no se puede agradar a todo el mundo —dijo.

Nubecillas aborregadas surcaban el cielo de la bahía, y se acostó de nuevo en la arena y cerró los ojos. La mujer y Ramón habían salvado los farallones de la punta y se aproximaban lentamente, sin remover apenas el agua. Sus cabezas flotaban en medio del mar, como dos puños de bastón. La mujer iba delante, con su gorro azul y Ramón a una docena de metros a la izquierda, moreno y despeinado. Mientras ella salía del agua y venía hacia nosotros, permaneció unos instantes en la orilla, sacudiéndose, lo mismo que un bulldog.

La barca continuaba varada en la arena y, a medida que el viento se terciaba, las olas embestían contra la quilla. La mujer se excusó, riendo, de su retraso. Al sentarse se había sacado el gorro y, contrastando con la negrura mate de la piel, sus cabellos parecían más rubios que nunca. Ramón callaba, como inmerso en inexpresable dicha interior. El marido seguía tumbado de bruces y hablabamos del calor y la playa. Yo había temido una escena como la de la víspera en el café y respiraba aliviado. El hombre conservaba intacta su sonrisa, como si lo que se tramaba entre los dos no le afectase. En un momento dado, sacó un estuche de habanos del bolsillo y lo alargó a Ramón.

—¿Quiere uno?





Ramón le miró unos segundos confuso y rechazó con un ademán.

—No. Muchas gracias.

—¿No le gustan? —El hombre le observaba a su vez, sorprendido.

—Gustarme, sí me gustan. Pero ahora no me apetece.

—Ande, coja usted. Me agradaría que probara también esto.

Ramón enrojeció ligeramente.

—Si no se ofende... —comenzó.

—Me ofendería.

—Bueno, entonces fumaré —apará el cigarro al vuelo—. No; ya tengo lumbre, gracias.

Esto fue todo. A la hora de comer, Ramón empuñó los remos y volvimos a la playa. El hombre le abonó el alquiler del bote y se alejó de bracete con su mujer.

Yo empezaba a cansarme del juego y pregunté si había pagado también por la excursión a las rocas. Imaginaba que Ramón reiría pero calló, lleno de irritación.

—La mujer es de él y tú tienes novia —dije.

—Pues anda y búscate tú una —replicó exasperado.

Me fui a casa sin despedirme. La mujer se había interpuesto entre nosotros y la odiaba de todo corazón. Aquella misma tarde invité a una muchacha amiga de mi madre que trabajaba en una peluquería de Granada y pasaba unos días de vacaciones en el pueblo y la invité al cine. El verano anterior habíamos ido a pasear entre las cañas y sabía que no hacía dengues como las otras. Conseguí lo que quise, sin gran esfuerzo y, después de la cena, pasé a recogerla por la fonda y la convencí de que me acompañase al café. Mis amigos jugaban al rentoy como de costumbre pero, aunque estuvimos más de una hora de palique, Ramón no apareció.

Volví a bañarme en el pueblo. Esperaba que Ramón se arrepentiría de sus palabras e, inquieto de mi ausencia, me vendría a buscar. Pero el primer día transcurrió, lento, aburridísimo, y Ramón no fue al café ni a la playa. Aguardé un par de días más, algo decepcionado y el horizonte del lugar era siempre el mismo, con sus cañizos desiertos, los mozos marisqueando con el rastrillo y los viejos ociosos esponjándose al sol. Ramón parecía haberse eclipsado. En el café oí contar que salía en el bote con los suecos y, una vez que el marido atravesó la calzada frente a nosotros, el Heredia sonrió barbaramente y dijo: “¡Ay, si lo pillas Manolete! ¡Qué estocada, madre!”.

Me pasaba el día cantoneando, pero no quería dar el brazo a torcer. En casa mi madre leía la reseña del viaje del

embajador americano por Andalucía y soñaba en tenerlo a pensión. Sus lamentaciones me ponían los nervios de punta y, cuando estaba seguro de no encontrar a nadie, me asomaba a la playa y tiraba de la red con los hombres.

Eran momentos de intensa melancolía. Se habían ido ya los extranjeros del Hotel y los chiringuitos cerraban. El dueño del chamizo desmontó una mañana el suyo, mientras los viejos tintaban las redes en la arena. Todo anunciaba la inminencia del otoño. Las colinas palidecían bajo el verde desmayado de los almendros y, más lejos, el sol iluminaba teatralmente la montaña. Pronto, empezarán a vendimiar.

De noche, vagaba por las callejas pinas del cerro y, después de recorrer todos los bares, subía a las rocas del promontorio y escudriñaba los ventanales del Hotel. Veía a los camareros, con sus chaquetas blancas y los frescos chillones de las paredes pero, una vez, solamente, di con lo que buscaba. Los suecos estaban sentados en medio del comedor vacío y sus cabezas se recortaban de perfil: una pelirroja, como espeluznada; otra, amarilla y morena. Bebían un líquido oscuro, paladeándolo y la mujer acariciaba la mano del hombre. Una doncella corrió las cortinas de la ventana y ya no los volví a ver.

Comenzaba a lamentar mi estúpida riña con Ramón. Hacía más de una semana que no nos hablábamos y no sabía nada de él, sino a través de sus compañeros. Me enteré así de que el domingo no había ido a Motril y estuvo de arrimón en la playa, aguardando a la mujer. El marido de la Damiana lo había visto después de cenar y rondaba todavía el Hotel, como un lobo. Aquella noche, los suecos no se movieron de su cuarto.

Dos días más tarde, cuando me levantaba —la víspera fui al cine con la peluquera, y eran casi las once—, mi madre entró en la habitación y dijo: “¿Sabes qué ha ocurrido?” Tenía el cabello desguedejado y los labios le temblaban de emoción; “Tu amigo, el pelirrojo, que por poco se va al otro barrio. Esta mañana vinieron a buscarle en una ambulancia. Gracias a Dios, parece que ya está fuera de peligro”. Y, sin hacer caso de mis preguntas, empezó a quejarse y decir que la culpa era mía, por haberle permitido instalarse en el Hotel, en vez de obligarle a venir a casa: “Estaba segura de que acabaría mal, segura. Pobre hombre. En un sitio así, cualquiera se vuelve neurasténico.” No la dejé terminar y corrí hacia el Paseo. El corazón me latía como un reloj. Frente al Hotel, había media docena de curiosos y, olvidando la dignidad de su uniforme, el botones hablaba, hablaba: “Jesús, que cruda. Hacía dos días que no salían de la habitación. La camarera les subía continuamente vino. No del ordinario, no se vayan ustés a creer. De marca y del más caro. Al bajar las maletas esta mañana, se lo juro: había lo menos quince botellas. El somelié que ha corrió mucho, lo dice: “En mi vía he visto clientes locos pero, como este par, ninguno.” Y tié más razón que un santo. Ella, timándose con t’ol mundo, y él, como si ná. Luego, como llegaba gente nueva, explicó que el hombre había tragado un tubo de somníferos creyendo que era aspirina. Al despertarse, la mujer lo encontró desvanecido y consiguió hacerle reaccionar con un poco de amoníaco. Cuando vino la ambulancia, había vomitado ya varias veces y salió del Hotel por su propio pie: “Parecía un cadáver, palabra. A la chica del piso, que es muy sentía casi le da un arrechucho de verle. Y a los demás también, no se figuren. Yo mismo, aquí donde me ven, todavía no sé cómo aguento.”

Los niños correteaban desnudos por la playa y contemplé los merenderos cerrados, vacíos. Ramón estaba sentado junto al bote, con el calzón de baño y una descolorida camiseta azul. Hacía varios días que no se afeitaba y tenía los párpados hinchados de sueño. Al verme, intentó sonreír.

Le ayudé a empujar la barca y bogamos lentamente hacia la punta. La luna permanecía empingorotada en lo alto como un hueso de sepia y cielo y mar se confundían en una imprecisa franja gris. Yo miraba los cipreses del cementerio, el Hotel, las colinas y comprendí de golpe, que mis vacaciones habían terminado, y Ramón, la barca y lo ocurrido con los suecos eran cosas pasadas —historias del verano que recordaría en el colegio, cuando estaría lejos del mar, sin los amigos.

El sol bruñía la arena de la caleta y nos tumbamos en la playa. Las gaviotas salpicaban de blanco el promontorio tras el que —días antes— Ramón había desaparecido con la mujer. Ahora, mi amigo fumaba en silencio y lo encontré triste y avejentado.

—No ha sido nada ¿sabes? —dijo simplemente—. Iré a Motril el próximo domingo.